

CONSEJO PONTIFICIO PARA LA PASTORAL DE LOS MIGRANTES E ITINERANTES  
XXII CONGRESO MUNDIAL DEL APOSTOLADO DEL MAR

**EL APOSTOLADO DEL MAR:  
TESTIGO DEL AMOR, LA ESPERANZA Y LA SOLIDARIDAD  
A LA LUZ DE LA ENCÍCLICA *DEUS CARITAS EST* DE BENEDICTO XVI**

Rev. Dr. John Chalmers  
Apostolado del Mar – Australia

(Gdynia, Polonia, 25 de junio de 2007)

**Introducción:**

No obstante el hecho que caminamos por diferentes tierras (y navegamos diferentes mares), humanamente hablando, provenimos todos del mismo lugar, y nos dirigimos hacia el mismo santo misterio, que nos espera a todos. Por tierras diferentes y a través de muchos mares, el Apostolado del Mar se reúne en Gdynia. Si bien mil diez años antes que nosotros otros hombres han llegado a esta zona metropolitana de Tricity (Trojmiasto), hoy hemos venido movidos por razones similares a las del Papa Benedicto cuando escribió su Carta Encíclica *Deus Caritas Est*: “para suscitar en el mundo un renovado dinamismo de compromiso en la respuesta humana al amor divino”. ¿Qué reaviva y profundiza nuestra energía para la **misión de Dios** entre los marinos, una misión en la que somos algo más que solícitos compañeros? *Deus Caritas Est* propone tres cosas, de hecho las tres prácticas mencionadas en el título de esta ponencia: amor, esperanza y solidaridad.

El Papa Benedicto señaló en el mensaje dirigido a este Congreso, y cada uno de nosotros lo puede confirmar: “nuestro mundo cada día es más pequeño”. “Por un lado, la globalización nos está acercando más que nunca, entretejiendo nuestras vidas, nacional e internacionalmente, de maneras complejas e inextricables. Por otro lado, un nuevo tribalismo - una regresión a lealtades más arcaicas y turbulentas - nos está alejando siempre más exasperadamente. De una manera u otra, la religión es y continuará siendo, parte de estos procesos. Puede conducirnos hacia la paz. Pero a la vez puede arrastrarnos, y con alta combustibilidad, a la guerra. Los políticos tienen el poder, pero las religiones poseen algo más fuerte: gozan de influencia. La política mueve las piezas en el tablero de ajedrez. La religión cambia las vidas”. Leyendo entre líneas la Carta Encíclica de Benedicto *Deus Caritas Est*, no es el concepto de religión que transforma las vidas. Más bien, es la práctica del amor, de la esperanza y de la solidaridad que las cambia. Tales prácticas son, afirma Benedicto: “una luz —en el fondo la única— que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar”. El sociólogo Robert Bellah ha llegado a esta conclusión desde otra perspectiva: “No sólo la guerra, el

genocidio y la represión política perjudican la ecología social. También se ve perjudicada por la destrucción de los lazos sutiles que unen a los seres humanos entre sí, dejándolos solos y asustados”. Amor, esperanza y solidaridad: Benedicto sugiere, y Bellah estaría de acuerdo, que estas tres prácticas realzan y profundizan los lazos sutiles que unen a los seres humanos entre sí. ¿Y no se encuentra en el corazón de las varias actividades del Apostolado del Mar la consolidación de los vínculos sutiles que unen a los seres humanos entre sí?

### **Testigo del Amor, de la Esperanza y de la Solidaridad**

En el título de esta ponencia encontramos una palabra eficaz. Sin esta precisa palabra nuestra tarea de promulgar las prácticas del amor, de la esperanza y de la solidaridad se convertiría en onerosa, incluso excesivamente vanidosa. Como explica jovialmente Frederick Buechner: “Hacer para ti, lo mejor que tienes en ti por hacer -rechinar tus dientes y apretar tus puños para sobrevivir a un mundo en su peor y más duro estado – es decir, no permitir que se haga algo, todavía mejor, por ti y en ti”. Más allá de proclamar, en nuestras vidas y en todos nuestros esfuerzos con el Apostolado del Mar, las prácticas del amor, esperanza y solidaridad, Dios nos invita a ser **testigos** del amor, de la esperanza y de la solidaridad. Qué diferencia supone añadir una palabra, “testigo”. Si perdemos de vista esa palabra “testigo” y aún peor, no damos testimonio, nos olvidaremos, como afirma Benedicto que “no es más que un instrumento en manos del Señor. (Después de todo) este conocimiento nos libra de la presunción de tener que mejorar el mundo -algo siempre necesario- en primera persona y por sí solo”. En esta ponencia examinaremos aquello que según Benedicto supone dar testimonio del Amor, de la Esperanza y de la Solidaridad. Emplearé las palabras de Benedicto en su encíclica *Deus Caritas Est* a lo largo de esta presentación.

### **Testigo para Amar**

El Apostolado del Mar causa todos los días un enorme impacto en la vida de las personas, a través de la bondad, del compañerismo, de la abogacía rigurosa y demás acciones. Sin embargo, Benedicto nos advierte, al inicio de la *Deus Caritas Est*, que es necesario ser algo más. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”. En las palabras de San Juan, Benedicto halla la motivación principal para todo nuestro trabajo con el Apostolado del Mar: “Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene”. Es decir, Benedicto reconoce un problema inmediato: “El término « amor » se ha convertido hoy en una de las palabras más utilizadas y también de las que más se abusa, a la cual damos acepciones totalmente diferentes”. Sorprendentemente, rechaza la distinción usual que considera *eros*, “ante todo como un arrebató, una « locura divina » que prevalece sobre la razón”, como una forma humana de amar y *ágape* como una forma divina de amar. Benedicto insiste que *eros* y *ágape* **no** pueden estar completamente separados. De hecho, Dios nos ama con ambos, *eros* y *ágape*. Dios nos desea, Dios nos quiere. El interés apasionado de Dios por nosotros, en Cristo, lo convierte en vulnerable, hasta la muerte en la cruz. “Si bien el *eros* inicialmente es sobre todo vehemente, ascendente – fascinación por la gran

promesa de felicidad –, al aproximarse la persona al otro se planteará cada vez menos cuestiones sobre sí misma, para buscar cada vez más la felicidad del otro, se preocupará de él, se entregará y deseará « ser para » el otro”. Uniendo el amor *eros* y el amor *ágape* en Dios y en cada ser humano, Benedicto realiza dos cosas. En primer lugar implica que “el Cristianismo no descuida los deseos más profundos y las necesidades de los seres humanos”. En segundo lugar, mina la opinión que la iglesia es contraria al amor. John Allen comenta perspicazmente: “No es que la iglesia sea contraria al amor, más bien está a favor de un amor duradero”. Benedicto disipa una suposición defectuosa, comúnmente sostenida: “el amor no es solamente un sentimiento”, afirma. “Los sentimientos van y vienen. Pueden ser una maravillosa chispa inicial, pero no son la totalidad del amor”. *Eros* separado de *ágape*, “degradado a puro « sexo », se convierte en mercancía, en simple « objeto » que se puede comprar y vender; más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía”. El filósofo francés, Jacques Derrida, precisa irónicamente que el vocablo alemán que corresponde a regalo también significa veneno. Los regalos pueden convertirse en venenosos. El amor del *Eros* es un gran regalo. Sin embargo, sin su otra mitad, *ágape*, amor desinteresado, puede convertirse en “veneno(so), que implica a ambos donante y receptor en una relación (desigual) de deuda y obligación, inferioridad y superioridad”.

Más recientemente, en su Mensaje Cuaresmal de 2007, Benedicto ha señalado que “Cristo traspasado en la cruz, tiene sed del amor de cada uno de nosotros” como “manifiesta el *eros* de Dios por nosotros. La respuesta que el Señor desea ardientemente de nosotros es ante todo que aceptemos su amor y nos dejemos atraer por él. Cristo «me atrae hacia sí» para unirse a mí, a fin de que aprenda a amar a los hermanos (y hermanas) con su mismo amor”.

Son profundas las implicaciones que Dios nos ama con ambos, *eros* y *ágape*. Benedicto comenta de forma encantadora: “Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este « antes » de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta”. *Ágape* desinteresado “el amor ya no es sólo un « mandamiento », sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro”. Amor *Ágape* “amo(a) también a la persona que no (nos) me agrada o ni siquiera conozco”. El teólogo americano, Frederick Buechner lo explica líricamente: “Amar a Dios no es una meta que alcanzamos gracias a nuestro esfuerzo, puesto que lo que encontramos en el corazón del Evangelio es Dios mismo que nos acerca a él, aun cuando creemos que nos ha abandonado. Creo que esto es el secreto último: que las palabras: ‘Amarás al Señor tu Dios’ se convierten al final más en una promesa que en un mandamiento. Y la promesa es que, sí, con los fatigados pies de la fe y las frágiles alas de la esperanza, llegaremos por fin a amarlo tal y como él nos ha amado desde en un principio – nos amó incluso en el desierto, sobre todo en el desierto, porque él ha estado en el desierto con nosotros”.

Lo esencial es esto: “el « mandamiento » del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser « mandado » porque antes es dado”. Es por esto por lo que Benedicto puede decir de nuestras variadas actividades del Apostolado del Mar: ésta “resulta insuficiente si en ella no se puede percibir el amor por el (hombre con quien trabajamos), un amor que se alimenta en el encuentro con Cristo”. Benedicto lo

deja claro: “Un primer requisito fundamental es la competencia profesional (en todos nuestros esfuerzos), pero por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia,” afirma Benedicto “deben distinguirse por no limitarse (nosotros) a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por (nuestra) su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Por eso, además de la preparación profesional, (nosotros) necesitan también y sobre todo una « formación del corazón »: (nosotros) se les ha de guiar hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en (nosotros) ellos el amor y abra su espíritu al otro”.

Esto no significa que imponemos nuestra fe a aquellos con los que trabajamos, no obstante sea preciosa para nosotros. Benedicto insiste que los servicios que ofrecemos “no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos”. Sigue: “Quien ejerce (prestaciones sociales) en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, **dejando que hable sólo el amor**”. Al mismo tiempo, “esto no significa que la acción caritativa deba, por decirlo así, dejar de lado a Dios y a Cristo. Siempre está en juego todo el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios”.

### **Testigo de la Solidaridad**

Hemos examinado cómo Benedicto ve nuestro fundamental papel dentro del Apostolado del Mar como testigos del amor, dando testimonio, con nuestra forma de vivir y tratando al prójimo con el amor de Dios que hemos experimentado nosotros mismos. Dar testimonio del amor de Dios es, inevitablemente, dar testimonio de la solidaridad.

Benedicto asocia solidaridad con, o más bien ve que tiene su origen en el amor, “no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó”. “La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán”. “El amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y que cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios”. Además, “en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo. Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita. Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Sólo (dicha) disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios”.

Por consiguiente, nuestro trabajo con el Apostolado del Mar, al ser práctico, “no es (solo) actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros. (Él) pertenece a su naturaleza (de la iglesia) y es manifestación irrenunciable de su propia esencia”. “De cierta manera (él) hace visible a Dios vivo”. Por lo tanto, “La Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra”. Los católicos ven los Sacramentos y la Palabra de Dios como expresiones exquisitas del amor de Dios, “El amor es una luz que ilumina constantemente a un mundo oscuro”. Ojalá podamos también ver que nuestro trabajo ilumina una palabra oscura a través de acciones aparentemente simples de bondad, de generosidad y de “atención cordial”. Asimismo, ojalá podamos trabajar para erradicar esas injusticias estructurales que degradan a los marinos. Benedicto anima ambos procedimientos, observando que “el amor siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa”. Al mismo tiempo “la Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible”. Benedicto continúa: “No puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar. La sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política. No obstante, le interesa sobremanera trabajar por la justicia esforzándose por abrir la inteligencia y la voluntad a las exigencias del bien”. Hacemos esto, según Benedicto “libera(ndo) de su ceguera la razón, purifica(ndo) la razón y permite(iendo) a la razón desempeñar del mejor modo su cometido y ver más claramente lo que le es propio”.

### **Testigo de la esperanza**

Los discípulos de Jesús, todos nosotros en el Apostolado del Mar, personas que “hemos conocido el amor que Dios nos tiene”, personas cuyo “encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos (nuestro) el amor y abra su (nuestro) espíritu al otro”, personas resueltas a desarrollar “un corazón que ve” se pueden abrumar fácilmente a causa de las demandas de “la construcción de un orden social y estatal justo, mediante el cual se da a cada uno lo que le corresponde”, una tarea según Benedicto “fundamental que debe afrontar de nuevo cada generación”. Reflexionando sobre la parábola del Buen Samaritano, Benedicto observa que hasta el tiempo de Jesús el concepto de « prójimo » se refería esencialmente a sus conciudadanos. Ahora este límite desaparece. Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar”. Es por ello que cada uno de nosotros, en el Apostolado del Mar, debe rebosar esperanza. Nos “liberará así de la presunción de tener que mejorar el mundo en primera persona y por sí solo”. La Esperanza no es sinónimo de optimismo o el poder del pensamiento positivo. Ni es simplemente una índole alegre. Benedicto lo expresa de modo conmovedor: “La esperanza se relaciona prácticamente con la virtud de la paciencia, que no desfallece ni siquiera ante el fracaso aparente, y con la humildad, que reconoce el misterio de Dios y se fía de Él incluso en la oscuridad. De este modo transforma nuestra impaciencia y nuestras dudas en la esperanza segura de que el mundo está en manos de Dios y que, no obstante las oscuridades, al final vencerá Él”. Las palabras del teólogo americano, Letty Russell complementan el pensamiento de Benedicto: “Aun cuando no podemos percibir el futuro

alternativo para el que trabajamos, empezando por el otro extremo, (desde) la promesa de Dios, somos capaces de vivir (y trabajar) con una esperanza que es lo suficientemente fuerte como para transformar el presente”.

## Conclusión

Así pues, allí están: amor, esperanza y solidaridad – tres garantías que Dios viene a nosotros, en Jesús, tres prácticas que nuestra labor con el Apostolado del Mar debe dar testimonio. Somos testigos del permanente amor a Dios, la segura esperanza de Dios y la solidaridad ilimitada de Dios con todas las personas. Nuestra capacidad de testimoniar se nutre en la “Eucaristía: en ella el *agapé* de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros”.

Bien podemos concluir estas reflexiones, como concluye Benedicto en su Carta Encíclica, con un llamamiento a la oración: “En efecto, los cristianos siguen creyendo, a pesar de todas las incomprensiones y confusiones del mundo que (nos) les rodea, en la « bondad de Dios y su amor al hombre » (Tt 3, 4). Aunque estén inmersos, como los demás hombres en las dramáticas y complejas vicisitudes de la historia, (nosotros) permanecemos firmes en la certeza de que Dios es Padre y nos ama, aunque su silencio siga siendo incomprensible para nosotros”. La Carmelita inglesa, Sor Wendy Beckett lo expresa mordazmente cuando afirma que “El acto esencial de la oración es estar de pie indefenso ante Dios. ¿Qué hará Dios? Tomará posesión de nosotros. ¿Deseas ser poseído por Dios? Si deseas que Dios tome posesión de ti, entonces estás rezando. Eso es todo lo que es la oración. El único deseo de Dios es ‘venir y hacer su casa con nosotros’, recordando, por supuesto, lo que afirma Benedicto, que la “unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega”. “Quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos. En nadie lo vemos mejor que en María”.

Así pues, nos encomendamos, al final de estas reflexiones, a Sus tiernas y misteriosas manos, obviamente hasta el final de todos los días de nuestro viajar, dondequiera que nos conduzca. Y al final de nuestros viajes, quizás en medio de ellos, ojalá podamos dirigir nuestra mirada a lo que debe ser visto en el mundo y en nosotros, y en aquellos con los que trabajamos, esperando, confiando, creyendo contra toda evidencia que, por el contrario, bajo la superficie existe una inmensidad que no podemos ver: ambos “el amor que Dios nos tiene” y nuestra “respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro”.